

## CAPITULO SEPTIMO

### DE UN PORVENIR MAS PROXIMO

#### I

### DE LA ACCION POLITICA

#### De una acción política de objetivo cercano

Cualesquiera que sean las perspectivas remotas, plantéanse algunas cuestiones en relación con la actitud que los hombres conscientes de la misión temporal del cristiano y deseosos de actuar en el dominio de lo temporal —los que podríamos llamar, para traducir aproximadamente el *cives praeclari* de los antiguos filósofos, los elementos políticos ilustrado)— deben actualmente adoptar.

Distingamos ante todo, porque el hacerlo es esencial para nuestro propósito, lo que podríamos llamar una acción política *de objetivo cercano* y una acción política *de objetivo remoto*. Llamo acción política de objetivo cercano a una acción política que, aun trabajando para un porvenir muy amplio, se determina en cuanto a acción y gradúa su impulso con relación a un resultado próximo que le sirve de punto de mira.

Ahora bien; si es cierto que, por causa de sus vicios internos y de sus apostasías, nuestro actual régi-

men de civilización se encuentra preso entre contradicciones y males irremediabiles, una política de objetivo cercano, una política dependiente del porvenir inmediato y que sitúa en un resultado próximo su fin directamente determinante, puede optar entre tres clases de medicación: una medicación de conservación, que para mantener la paz civil se contente con el mal menor y recurra a medios paliativos; una medicación draconiana que pretenda salvar inmediatamente al mundo enfermo, por una revolución próxima que instaure la dictadura comunista del proletariado; y una medicación draconiana que ponga su esperanza en una revolución próxima o en un reflejo defensivo que realicen una refundición totalitaria del Estado nacional.

Puede ocurrir que en algún momento y en algunos países el primer método venga a ser simplemente una atenuación del segundo o el tercero (que, por lo demás, se parecen mucho, excepto en que el segundo antepone la comunidad proletaria en gestación a la ciudad política existente, y el tercero, la ciudad política existente a la comunidad proletaria en gestación). Mas no parece probable que los cerebros políticamente cualificados de que venimos hablando acepten fácilmente uno u otro. ¿Acaso el primero no parece sujeto a las miserias del empirismo y del oportunismo y no supone, como toda política que vive al día, la aceptación del régimen de civilización existente? ¿Acaso el segundo no es solidario de una filosofía y de una mística expresamente ateas y no expone la persona, la sociedad familiar y la comunidad nacional a los peligros de semejante mística? ¿Acaso el tercero (sin hablar de los obstáculos de hecho que, lo mismo que el segundo, crearía para el desarrollo efectivo de una actividad política cristiana) no busca el remedio de ciertos males del régimen actual en la agravación de otros? ¿No es, igual que el segundo totalitario, y no implica el riesgo de hacer desaparecer una de las primeras condiciones precisas para una restauración temporal vitalmente cristiana, a saber, la

posibilidad de esa vuelta a la cristiandad de las masas obreras que marchan hacia su mayoría de edad social, de que se trató en el capítulo anterior?

Ante dificultades tan grandes como las que acabo de indicar pudiera ocurrir que nuestros *cives praeclari* sintieran la tentación de limitarse a una actividad temporal también, pero superior a las divergencias de los partidos políticos (porque sólo afecta a las relaciones entre lo temporal y lo espiritual y no roza sino indirectamente a la vida política propiamente dicha), quiero decir al campo estrictamente limitado de la defensa temporal de los intereses religiosos y de las libertades religiosas, sin preocuparse de más. Tal actividad es ciertamente necesaria, indispensable; pero no es suficiente. Exige imperiosamente la actuación del cristiano, pero éste no puede limitarse a ella. El cristiano no puede hallarse ausente de ningún dominio de la conducta humana, en todas partes es preciso. Tiene que trabajar a la vez —en cuanto cristiano— en el plano de la acción religiosa (indirectamente política) y —en cuanto miembro de la comunidad espiritual— en el plano de la acción propia y directamente temporal y política.

### De una acción política de largo alcance

Mas, ¿cómo hacerlo? ¡Ah! Ya digo que es una acción política de objetivo remoto o de largo alcance, a la que se invita a nuestros *cives praeclari*. No sería ni una medicación de conservación, ni una medicación draconiana; sería quizá una medicación heroica.

Téngase en cuenta que cuando hablamos de la realización de un ideal histórico cristiano-temporal hay que tomar estas palabras en su verdadero sentido. Un ideal histórico concreto no puede ser nunca realizado como un término, como una cosa hecha (de la que pueda decirse: "se acabó; descansaremos"), sino sólo como

algo en movimiento, como una cosa en vías de realización y siempre por realizar (como un ser vivo, desde que nace, se va formando incesantemente). ¿En qué momento tiene lugar la "realización" de ese ideal, su "instauración"? Cuando pasa la línea de la existencia histórica, cuando nace a la existencia histórica, cuando empieza a ser reconocido por la conciencia común y a desempeñar una función motriz en la obra de la vida social. Antes se estaba preparando, después seguirá realizándose. Ya hemos llamado la atención sobre la diferencia que existe entre una *utopía* y un *ideal histórico concreto* (1). Una utopía es precisamente un modelo que ha de ser realizado como término y punto de reposo —y es irrealizable. Un ideal histórico concreto es una imagen dinámica que ha de ser realizada como movimiento y como línea de fuerza, y por eso mismo es realizable. De aquí que pueda estar lejana su realización, y sin embargo servir desde luego de punto de mira e inspirar, durante un período de preparación que puede ser muy largo, una acción proporcionada a la vez, en cada instante, al fin futuro y a las circunstancias presentes. Esto es lo que llamamos una acción política de largo alcance.

Sólo ella permite evitar las antinomias que acabamos de señalar. Las ciudades políticas, las comunidades nacionales existentes son cosa distinta del régimen de civilización en que en una época determinada se encuentran colocadas—ésta es una distinción esencial—; y nuestros elementos políticos ilustrados no pueden ni sacrificarlas a la abolición del régimen actual de civilización ni sacrificarles a ellas la instauración de un régimen de civilización menos indigno del ser humano. El problema que se les plantea, insoluble para toda política de objeto cercano, es el de llevar las ciudades políticas existentes —por medio de los cambios profundos y las transformaciones en su estructura necesarias para

(1) Véase cap. IV, párr. I.

ello, y también de las mermas de soberanía que requiera el establecimiento de una verdadera comunidad temporal internacional, y a través de las vicisitudes y la disolución del régimen actual— a un nuevo régimen de civilización fundamentalmente diferente del régimen actual porque sea realmente aun reflejo en lo social-terrestre de las exigencias evangélicas.

Supongamos, pues, que se forme —y ello es a nuestro juicio sumamente deseable—, no un partido político con etiqueta religiosa como era el *Centrum* alemán (2), sino uno o varios grupos políticos con nombre y especialización política, verdaderamente política (lo que supone una concepción concretamente determinada del bien común temporal como tal) y de espíritu auténticamente cristiano; y hablo de varios grupos porque hombres a quienes una la misma fe religiosa pueden muy bien estar en este terreno en desacuerdo y oponerse unos a otros.

Si las consideraciones que anteceden son exactas, aquellos de esos grupos que tuvieran por base una buena filosofía política y una buena filosofía de la historia moderna trabajarían en una acción política *de largo alcance*, que en vez de estancarse en el *momento actual*, contase con la *duración* y tuviese presente el tiempo de maduración necesario para llegar a renovar el orden temporal con sentido humanista integral.

Esa acción se ejercería desde ahora; no se desinteresaría de las necesidades actuales del cuerpo social. Atender a las necesidades actuales de los hombres, a las que están ahí, ante nuestros ojos y no tienen espera, es una obligación. Pero esta obligación no implica que todo haya de sacrificarse a las necesidades actuales; como, por ejemplo, un jefe, en plena batalla, piensa más en la victoria final que en los sufrimientos presentes de los soldados. ¿Cómo, pues, remediar las necesidades del momento sin producir un mal a cambio de

(2) Cf. «*Du Régime temporel et de la Liberté*», cap. III.

otro mal ni gravar demasiado el porvenir? Con medidas que, a la vez que sean útiles al bien común, preparen transformaciones cada vez más profundas y que, aun cuando requieran paciencia y mientras llega la liquidación del régimen presente no puedan presentarse sino como paliativos, sean realmente algo más que simples paliativos y rebasen el empirismo y el oportunismo, porque preparen efectivamente un nuevo régimen de civilización. Así procederá a este respecto la acción política de que venimos hablando, avanzando por escalones, proponiendo, y, en la medida en que alcanzase a dirigir los acontecimientos, ejecutando sus "planes" de aproximación y sus programas propios, determinados por el propio fin a que van dirigidos (3).

Pero este fin sería un fin a larga distancia. Los técnicos forestales trabajan con miras a un futuro estado de la selva calculado con precisión, pero que ni sus ojos ni los de sus hijos han de ver. De igual modo, la acción política de que se trata mide su impulso con referencia a un objetivo lejano; su propio fin directamente determinante se encuentra en realizaciones precisas, pero alejadas en el tiempo; y en función de este fin ordena todo lo demás.

### La actividad política y los cristianos

Para evitar todo posible equívoco, conviene hacer notar que es necesario distinguir claramente la noción de actividad política *ejercida* (legítimamente ejercida) *por cristianos* y la de actividad política (sea cualquiera la escuela de que proceda) *de inspiración cristiana*. Nuestras reflexiones no se refieren a la primera de estas ideas.

(3) Cf. las reflexiones de Henri de Man en el último capítulo de «L'Idée Socialiste».

Si se considera la actividad política *efectivamente ejercida* en el terreno político por hombres que en el orden religioso son cristianos, se está en presencia de una mera cuestión de hecho y todo se reduce a dos observaciones; la primera es que, en cuanto al régimen político establecido, ya sea antiguo o moderno, cualquiera que sea su tendencia característica e incluso aunque no corresponda al ideal temporal del cristiano o lo contradiga, más o menos gravemente, el principio paulino del respeto y el servicio leal debido en conciencia a la autoridad, que tiene a su cargo el bien común llevará positivamente, por diversas que puedan ser las consideraciones circunstanciales favorables o desfavorables que entren en juego en el razonamiento político, a un número mayor o menor de cristianos a aceptar cargos públicos y a prestar así a ese régimen, por amor al bien público, una colaboración personal activa y celosa. Lo cual es una cosa normal (la oposición también). En algunos casos habrá de plantearse para ellos, evidentemente, la cuestión de la legitimidad del régimen; pero casi siempre, sobre todo en una época como la moderna, será la consideración empírica del mal menor la que decida la cuestión; y aun siendo un régimen discutido, e incluso tiránico, es probable que se encuentren siempre, en mayor o menor número, espíritus que resuelvan la cuestión en sentido favorable, en virtud de razones válidas para su conciencia.

La segunda observación es que, en cuanto a los partidos y a las diversas formaciones políticas que actúan en el mundo, y teniendo en cuenta, de una parte, la síntesis complejísima de verdades y deberes a que la conciencia cristiana se siente obligada, y por otra, la extrema variedad de aspectos que presentan los problemas políticos y sobre todo la separación realizada por los partidos, cada uno de los cuales prescinde más o menos de muy altos valores afirmados por otros; el predominio de tal o cual aspecto, según las características espirituales, las situaciones profesionales, las ca-

tegorías sociales, etc., dará por resultado el que, de hecho, se encuentren cristianos en las formaciones políticas más diversas y a veces más contrarias, puesto que su conciencia no les reprochará la adhesión a una u otra de esas formaciones como una cooperación al mal.

Si después de esto se pretende dar reglas y preceptos para la formación de la conciencia cristiana, o sea, dicho de otro modo, si se considera la cuestión de derecho de la actividad política *moralmente permitida* a los cristianos, a la iglesia de Cristo incumbe dictar esas reglas y preceptos y particularizarlos según los casos; a la iglesia docente, quiero decir, sin que nadie, clérigo o seglar, pueda permitirse agravarlos.

Pero todo lo que acabamos de recordar es extraño a los problemas de que aquí tratamos. Estos no se plantean en relación con la actividad política efectivamente ejercida por personas cristianas, y moralmente permitida a ellas, o sea en cuanto a una cuestión que interesa esencialmente a la *religión* en su relación con la política. Se refieren a una cuestión mucho más limitada y que se sitúa esencialmente en el campo de la *política misma* y de la filosofía política; la cuestión de una *actividad política* que, a la vez que política, sea *de inspiración cristiana* y esté ordenada hacia un ideal temporal cristiano; o sea en otras palabras, la cuestión de lo que debe ser, en las condiciones de la edad moderna, una justa actividad política a los ojos del filósofo cristiano de la cultura y de la sociedad; y la respuesta sugerida no pretende ser la única posible, puesto que puede haber en este punto como en muchos otros diversidad de escuelas filosóficas; se refiere a una determinada concepción cultural, la que nos parece justa y la que responde a lo que hemos llamado humanismo integral.

La actividad política en cuestión, como ya hemos expuesto repetidamente, no requiere la actuación de todos los cristianos, ni sólo de cristianos; sino únicamente de aquellos cristianos que profesan una cierta

filosofía del mundo, de la sociedad y de la historia moderna y de aquellos no cristianos que de una manera más o menos completa reconocen el acierto de esa filosofía.

Es natural que en el terreno de la acción esos hombres constituyan formaciones políticas autónomas; lo que, evidentemente, no significa que se nieguen por principio, salvo en casos excepcionales, a cooperar con el régimen establecido, o a celebrar acuerdos con otras formaciones políticas y colaborar con ellas. Pero importa que al mismo tiempo cuiden de preservar el germen de una política vitalmente cristiana de todo aquello que pueda alterarlo. "Cuanto más frágil, oculto y discutido es todavía ese germen, mayor intransigencia y mayor dureza hay que emplear para conservarlo puro" (4). Deberán, pues, conservar siempre su independencia y su libertad de movimiento porque sus colaboraciones mismas, sus alianzas y sus acuerdos han de considerarlos en función de la política *de largo alcance* que hemos tratado de caracterizar; lo mismo que toda su actividad política y sus más hondos compromisos temporales.

### Exigencias propias de una política basada en el porvenir

Toda verdadera revolución supone que cierto día se ha comenzado a separarse del presente y en cierto sentido a desesperar de él. Transferir los fines especificadores de la propia actividad a un estado incompatible con el estado presente; llevar dentro de sí este porvenir, que no puede nacer sino de una ruptura esencial, y cuidarse ante todo de él y cuidar del presente con referencia a él, prepararlo por todos los medios adecuados, elaboración doctrinal, acción sobre los espíritus, obras sociales y culturales, acción política: he aquí el

(4) «Lettre sur l'Indépendance», p. 51.

primer rudimento de una actitud revolucionaria, en el más amplio y más legítimo sentido del término.

Frente a los que quisieran añadir a la lista de los deberes cívicos una especie de deber de guerra civil y obligar a cada cual a elegir entre ilusiones contrarias (aunque en muchos puntos comparables) de salvación temporal inmediata, quienes adopten esta actitud parecerán tal vez disidentes; no serán ellos quienes lo hayan querido ni hay en ello más que una apariencia. Sobreviene, ciertamente, una cierta separación, pero sólo en tanto en cuanto el estado presente del mundo deja de ofrecer el punto de mira y el objetivo determinante; no hay *escisión*, no hay supresión o secesión; hay tan sólo (y nada más profundamente humano) negativa a sacrificar el porvenir al presente, *conversión* hacia un tema y *concentración* en un núcleo que no es el orden presente, sino una nueva cristiandad que requiere ser preparada y madurada largamente.

En realidad no hay nada tan escandaloso y en cierto sentido tan revolucionario (puesto que es revolucionario incluso frente a la revolución) como la creencia en una política intrínsecamente cristiana por sus principios, su espíritu, sus modalidades, y la pretensión de proceder en este mundo a una acción política vitalmente cristiana. Pero el hombre consciente de estas cosas sabe que lo primero para servir al bien común temporal es permanecer fiel a los valores de verdad, de justicia y de amor que son su principal elemento. Sabe que después del tiempo de concentración de las energías vegetativas viene el tiempo de germinación y de manifestación gloriosa de la vida. Y con el mismo ardor que los discípulos de Proudon y de Marx guardan y alimentan dentro de sí, a costa de todos los renunciamentos necesarios, el porvenir de su revolución, guarda aquél y nutre en su alma y en su acción el germen y el ideal de la nueva civilización que, cada uno según su medida, estamos llamados a preparar en el tiempo y para el tiempo, para la historia terrenal de esta pobre tierra.

## II

## PROBLEMAS DEL TIEMPO

## "What should A do?"

Algunos críticos (5) nos han reprochado el no formular una regla de conducta para A, el no decir "al católico individualmente considerado" lo que debe hacer *hic et nunc*. A eso contestamos que la conducta de los católicos como tales es cosa de la Iglesia católica y que, además, la misión de los filósofos no es la de dar consignas. Además, si A pregunta lo que debe hacer, B puede preguntarlo también, y ¿quién nos asegura que A y B deban ejercitar la misma actividad? Cada uno tiene sus aptitudes particulares, su situación y significación propias en el contexto de la existencia. Y la ley de la división del trabajo se impone lo mismo en la actividad social-temporal que en las demás.

Por otra parte, nuestras reflexiones se refieren más bien al tiempo en que nos hallamos y en que entramos que al instante presente y a "lo que hay que hacer" en

(5) Especialmente Mr. Charles Smyth en la revista *Christendom*; esta polémica ha tenido repercusiones interesantes en *the Colosseum* y en *Blackfriars*. «What should A do?» pregunta Mr. Smyth; y a este propósito nos reprocha el que en nuestro libro *Du Régime temporel* predijimos «a sanctified detachment». Creíamos habernos expresado bastante claramente sobre el particular, pero habrá que pensar que para algunos lectores «la famosa claridad francesa» —por lo menos en lo que se refiere a cuestiones filosóficas—, es, en efecto, «una cortina de humo» que disimula obscuridades impenetrables. Un apartamiento distinguido y santificado es, a nuestros ojos, todo lo contrario de una actitud cristiana; el cristiano está sujeto a las exigencias de una *libertad comprometida*, pero no basta decir: *mucking in*, es preciso decir también lo que el mundo espera de nosotros, en este punto.

el instante presente (6). Y entre el instante en que el autor da el imprimatur a su libro y aquel en que el libro se publica, el momento presente puede, sobre todo en la época en que vivimos, haber cambiado radicalmente. En realidad, lo que dicta a los hombres las más de las veces lo que han de hacer es la presión de las ne-

(6) Ya hemos indicado antes de ahora que en el orden de la acción política, la constitución de un «tercer partido» es lo que nos parece más necesario en el momento presente.

En lo que se refiere a este tercer partido «que no hay que considerar como un partido que dispute el terreno a los demás, sino como una gran agrupación de hombres de buena voluntad», que barran los prejuicios y las ideologías convencionales y se apliquen a un trabajo positivo de justicia social e internacional, que obren en coordinación con los grupos profesionales y dispuestos, cualesquiera que sean las preferencias políticas de unos u otros, a aquellas colaboraciones que sean útiles para el bien común y el buen éxito de las experiencias acometidas por el país; «que apoyen y susciten las medidas reformadoras realizables en cada momento y se encaminen siempre, cualesquiera que sean las fluctuaciones y las vicisitudes del movimiento de la vida política, hacia lo que verdaderamente sirva a la justicia y a la paz» (*Lettre sur l'Indépendance*, p. 38), es evidente que, originada en primer término por la amenaza de la guerra civil y contra ella, una agrupación de esta especie pertenecería a las «medicaciones de conservación» de que tratábamos en la sección precedente en cuanto tendiera ante todo a conjurar los peligros más apremiantes —con remedios de urgencia— y a mantener la paz civil.

El propio trabajo de transformación o de revolución profunda de nuestro régimen de cultura requiere, además, para ser llevado a buen término, que un período suficientemente largo, en que el mundo pueda cobrar aliento, permita que se formen nuevos equipos y que la juventud pruebe fortuna. El momento de ser engendrado un nuevo mundo aún no nacido, señala la muerte del mundo antiguo, pero es preciso que éste no muera demasiado pronto, ni de una infección que haga que no transmita a su heredero sino taras.

Al hablar de un tercer partido decimos lo que, a nuestro juicio, sería porque cuanto más tiempo pasa sin que se produzca la iniciativa de semejante agrupación, menos probabilidades tiene de realizarse. En definitiva, a la falta de educación política en ciertas capas de la población es a lo que parece que debe atribuirse la principal responsabilidad de ello: porque muchos de los que hubieran podido constituir la fuerza del tercer partido, en vez de ir a él, se han entregado a alguno de los bandos que hoy se reparten las multitudes o a formaciones sin consistencia política ni

cesidades del momento; se lo dicta muchas veces de mala manera y siempre de manera imprevista.

Lo que en la segunda parte de este capítulo quisiéramos hacer, considerando en sus rasgos generales el actual período histórico, es precisar lo que en otros sitios hemos dicho respecto de las actividades que a nuestro juicio pueden esperarse de iniciativas cristianas en el terreno temporal y político; es decir, determinar más concretamente la fisonomía de las nuevas formaciones políticas de cuya eventual aparición se ha tratado en la sección precedente.

comprender de las condiciones reales de la unidad del país, que sólo de un modo ilusorio se asemejan a una agrupación del tipo antes descrito.

Si aún es posible evitar a Francia, amenazada de otra parte, por tantos peligros exteriores, la eventualidad de una crisis de guerra civil, o de una crisis comunista, o de una crisis de dictadura, el observador imparcial no ve, sin embargo, y de todas maneras, otro camino que la política que hubiera hecho el tercer partido y que se impone por sí misma a todo cerebro razonable: política conforme a los instintos de libertad de iniciativa y de buen sentido de un pueblo que, a pesar de las excitaciones de la prensa y de los partidos, conserva en último término como rasgo característico, el sentido de la medida— hasta el momento en que pierde el control de sí mismo y cae bajo la dirección de una violencia ebria de lógica. ¿En qué medida los movimientos espontáneos del buen sentido y del sentido nacional, el celo y la actividad personal de los hombres realmente capaces de comprender el bien público podrán suplir, en cuanto a esa política —por lo menos mientras las pasiones de partido no provoquen convulsiones en que actúen por sí solos los reflejos elementales—, la obra del tercer partido? Sólo los hechos podrán contestar a esta pregunta.

En tercer partido es, o era, una solución circunstancial, a nuestro juicio necesaria, y cuya falta puede costar cara. Los grupos políticos de nombre y especificación verdaderamente política y de inspiración intrínsecamente cristiana de que tratábamos en nuestra *Lettre sur l'Indépendance* y a que de nuevo nos referimos aquí, responden a otras necesidades más orgánicas y más profundas y requieren otro personal y otros jefes. Pero respecto de ellos no es ni el pasado reciente ni el momento actual; es un porvenir más o menos próximo lo que hay que tener en cuenta.

## Acción católica y acción política

Debemos recordar ante todo que nos mantenemos en el terreno estrictamente temporal; y que si nos dirigimos, naturalmente, a los cristianos, porque también nosotros lo somos, no nos dirigimos sólo a los cristianos, ni a los cristianos *en cuanto* tales; sino a los cristianos y a los no cristianos que, en el orden de la filosofía, de la cultura y de la sociedad, tengan por razonables las concepciones que aquí agrupamos bajo el nombre de humanismo integral. Las consideraciones que presentamos se refieren, pues, a un campo totalmente distinto del que, en virtud de las iniciativas del Papa Pío X, los católicos de los distintos países conocen bajo la denominación de *acción católica*, que es de orden esencialmente religioso y apostólico (7).

Si la acción católica se ha dicho que debe preparar para la acción política y preparar también la solución de los problemas sociales, es en cuanto le corresponde formar, en el seno de sus comunidades temporales respectivas, católicos verdadera y enteramente instruídos de la doctrina común de la Iglesia, especialmente en materia social, y capaces de infundir en la vida una inspiración auténticamente cristiana. Pero imaginar que la doctrina común de la Iglesia basta por sí sola para resolver los conflictos de la historia temporal y proporcionar las soluciones concretamente determinadas de que los hombres necesitan *hic et nunc*, sería confundir lo espiritual y lo temporal. Bajo este supuesto doctrinal, son necesarias una filosofía social y política y ciertas elaboraciones prácticas. Y lo mismo sucede en el campo de la acción.

En este punto conviene cuidar de no volver a caer, bajo formas nuevas, en errores antiguos. Si la Iglesia

(7) Véase el anejo al final del libro.

medieval ha formado y modelado directamente la Europa política, es porque le fué preciso sacar el orden temporal mismo del caos; tarea suplementaria a la que no podía negarse, pero a la que no se resignó desde el primer momento sin una legítima aprensión. Hoy, el organismo temporal existe, y bien diferenciado. No es a la Iglesia, sino a los cristianos como miembros temporales de este organismo temporal a quienes corresponde de un modo directo e inmediato transformarlo y regenerarlo según el espíritu cristiano. En otros términos, el clero no es el llamado a manejar las palancas de mando de la acción propiamente temporal y política. La misión propia de la Acción Católica, como ella misma lo proclama sin cesar, por boca de sus órganos autorizados, es crear un estado de espíritu esencialmente cristiano; y sólo cuando "la política toca al altar" es cuando — por una cierta adaptación moderna de la antigua *protestas indirecta* (8) — debe intervenir en el terreno político. En el orden de las actividades estrictamente temporales, sociales y políticas, es normal que la iniciativa venga de abajo, es decir de los seculares actuando por su cuenta y riesgo.

## Necesidad de nuevas formaciones políticas

Parece natural e inevitable que a concepciones sociales y políticas nuevas correspondan órganos de acción adecuados. El despertar de la conciencia cristiana a los problemas estrictamente temporales, sociales y políticos, que implica la instauración de una nueva cristiandad, ha de llevar consigo, a nuestro juicio, el

(8) Cf. Mgr. Paul Richaud, *Notions sommaires sur l'action catholique*, París, Spes, 1936, p. 47; y la recopilación de textos pontificios sobre *Acción católica* publicados y comentados por el abate Georges Guerry (París, Desclée de Brouwer, 1936).



nacimiento de nuevas formaciones políticas temporal y políticamente diferenciadas y de inspiración intrínsecamente cristiana.

Estas nuevas formaciones políticas creemos que deben ser concebidas como hermandades temporales de un tipo enteramente inédito —hermandades que serían puramente profanas, a diferencia de ciertas Ordenes religiosas, como las Ordenes militares u hospitalarias de otros tiempos— que aceptarían como principios el respeto de la persona y la fuerza espiritual del amor evangélico, a diferencia de una Orden profana, pero atea, como es hoy, por ejemplo, el partido comunista; se consagrarían a una obra de transformación de altos vuelos, que quiere, a la vez que un gran espíritu de sacrificio, la difícil renovación de los medios a que ya hemos aludido repetidas veces en este libro. En un principio serían, evidentemente, formaciones minoritarias, que actuarían como fermentos y estarían sujetas a las iniciativas de un corto número de personas. En cierto sentido cabe desear su pronto nacimiento, porque las circunstancias exteriores podrían dificultarlo considerablemente; pero si se tiene en cuenta la preparación interior que requiere, no es de desear, evidentemente, que se produzca hasta el momento en que se hallen suficientemente aseguradas las condiciones espirituales y doctrinales precisas y en que surjan en las generaciones nuevas las personalidades realmente aptas para tal obra. Puede haber ya ensayos desde ahora; esto es cosa visible para quien sigue con atención los indicios de la nueva germinación; "aun en condiciones ingratas y con la torpeza de la iniciación, el impulso ya está dado (9)". Pero la obra tardará en salir a luz.

Las nuevas formaciones políticas de que hablamos presuponen, en realidad, una profunda revolución espiritual; no pueden nacer sino como una de las manifestaciones de la resurrección de las fuerzas religiosas

(9) «Lettre sur l'Indépendance», p. 52.

que ha de producirse en los corazones. Suponen además un vasto y multiforme trabajo de preparación en el orden del pensamiento y en el de la acción, de la propaganda y de la organización. Suponen la penetración de concepciones nuevas en el mundo obrero y campesino, pues del seno de la aristocracia proletaria en colaboración con las "intelectuales" es de donde deben surgir. Si A pregunta lo que debe hacer, en todo esto hallará en qué ocuparse.

### Situación histórica de estas nuevas formaciones

Supongamos que existen ya estas nuevas formaciones políticas.

En el orden del movimiento y de la acción podrían evidentemente contraer, como cualquier otra entidad política, aquellas alianzas, celebrar aquellos pactos o acuerdos momentáneos que juzgasen acomodados a las circunstancias; la monarquía francesa se alió en su tiempo con el imperio romano y con príncipes herejes; la Santa Sede no ha tenido nunca reparo en firmar concordatos con Estados que se hallaban muy lejos de practicar las máximas cristianas. No se trata, en este punto, sino de oportunidades de momento; y aun cuando éstas también quedan sometidas a una regla ética, ello no significa que no se deba tratar sino con hombres cuyas ideas y cuya conducta se aprueba; significa tan sólo que el objetivo del trato ha de ser un efecto concreto intrínsecamente bueno y no ha de poner en peligro otros bienes superiores, en el porvenir concreto de la historia y habida cuenta de las relaciones concretas entre las fuerzas que en ella actúan (10).

Pero respecto a las nuevas formaciones a que venimos refiriéndonos puede plantearse otra cuestión, a

(10) Véase el capítulo anterior, párr. I.

la vez más general y más fundamental; la de cuál sería su *situación* efectiva en la estructura concreta de la historia, frente al totalitarismo fascista o racista y frente al comunismo, supuestas, de otra parte, las posiciones doctrinales que quedan definidas en los análisis contenidos en la presente obra.

Su situación concreta (y por tanto su actitud práctica) respecto de las fuerzas comunistas y respecto de las fuerzas que, a falta de un nombre genérico apropiado, llamaremos "fascistas" (puesto que el fascismo italiano representa la primera forma en que se han manifestado en la historia ciertas energías fundamentalmente comunes, pero especificadas de muy diversos modos) se hallaría, a nuestro juicio, determinada por las dominantes o condiciones de hecho siguientes; por una parte, las diversas clases de fascismo son todas, en virtud de su tendencia original y de su estatismo, opuestas al ideal histórico que esas formaciones políticas mirarían como su fin determinante y opuestas también a la misma base existencial y a la misma necesidad primordial de que ellas parten —esta "base existencial" es para mí el movimiento que conduce a la historia hacia una transformación substancial en que el "cuarto estado" tenga acceso (bajo un signo fasto o nefasto, esto depende ya en gran parte de la voluntad humana) a la propiedad, a una libertad real y a una participación real en la gestión económica y política— y esa "necesidad primordial" es para mí la necesidad histórica de la "reintegración de las masas" en una civilización de espíritu cristiano. Por otra parte, el comunismo reconoce, sí, la base existencial en cuestión, pero falseando su concepto a causa de su filosofía errónea del hombre y de la sociedad y falseando en consecuencia el sentido que ha de imprimirse a la evolución; donde nuestras nuevas formaciones políticas proclamarían la necesidad primordial de reintegrar a las masas en una civilización de espíritu cristiano, él afirma la necesidad de integrarlas en una civilización de espíritu ateo; don-

de ellas reconocerían la necesidad de colectivizar en una amplia medida la economía para permitir a la persona llevar una vida supracolectiva, él intenta colectivizarla totalmente y de tal manera que la vida entera del ser humano se encuentre también colectivizada.

De modo que, aquí, se falsean el fin mismo y la razón de ser de todo el movimiento; allí, se niega su base histórica (y su fin). La oposición fundamental de las nuevas formaciones políticas de que hablamos a las dos formas contrarias de totalitarismo político-social proceden, pues, en parte de las mismas razones teóricas (referentes, ante todo, a la dignidad y la libertad de la persona humana y a los valores que le son propios), pero en otra parte, de razones de situación concreta diferentes aunque igualmente apremiantes. De donde resulta que sólo podría pensarse en acuerdos con unas u otras fuerzas en cuanto a objetivos, no sólo limitados, sino neutros, o que no tuvieran más que una significación "material". En cuanto entrase en juego lo "formal", es decir, el elemento especificador y animador de la acción, las nuevas formaciones políticas tendrían que afirmar ante todo su independencia y su irreducibilidad esencial. En particular, frente a un dinamismo comunista ya muy desarrollado, de no mantener siempre su independencia y su libertad de movimiento, correrían el riesgo de ser absorbidas o devoradas por sus aliados de un día, después de haberles aportado en un cierto momento un estímulo romántico y la frescura de un humanismo místico, como sucedió en Rusia a los elementos no marxistas que se unieron en un principio a Lenin en nombre de la revolución espiritual. Porque en la buena práctica revolucionaria, el amigo de ayer se convierte pronto en el enemigo de hoy, y en el enemigo más odiado.

Pero entonces, presas entre el fascismo y el comunismo, ¿cuál sería el destino de las nuevas formaciones de que hablamos? ¿No serían, como formaciones mino-

ritarias, aplastadas inevitablemente por el triunfo del uno o por el triunfo del otro?

Las cosas no suceden de un modo tan sencillo. Habría algunas probabilidades —y en una materia como ésta, ¿qué más se puede pedir que probabilidades?— de que esas formaciones minoritarias, cuando existieran, se hicieran en algunos países lo bastante fuertes, no digo que para dejar de ser minoritarias (como tampoco los mismos partidos a que las compararnos), pero sí para tomar la iniciativa de las operaciones (11) (y quizá para actuar sobre el mismo comunismo e inclinarlo, no sólo a tender a los cristianos una mano sin Dios, sino a liberarse del ateísmo que es la raíz de sus demás errores). Hay que tener en cuenta en esto el anhelo de un mundo desesperado hacia algo realmente nuevo, mejor y más humano que las fuerzas existentes, y donde las profundas reivindicaciones vitales y las grandes energías irracionales que el dolor de las generaciones infunde en los hombres de hoy podrían encontrar al fin una forma de verdad. El mal y el error son de suyo versátiles cuando no han echado raíces en

(11) La actividad de estas formaciones parece que sería además el mejor medio de escapar a la singular habilidad de los métodos leninistas, que ponen a los cristianos en la alternativa de colaborar con el comunismo para determinados fines temporales próximos y particulares, buenos en sí mismos, pero a costa de dejarse conducir o dirigir por él; o bien de rehusar esta colaboración, dejando perderse ocasiones quizá privilegiadas de obrar en favor del bien de los hombres y realizando en apariencia obra de mala voluntad.

Claro está que en el campo de las obras de asistencia, ciertas colaboraciones limitadas, como las que la autoridad eclesiástica ha autorizado en ciertos casos entre los párrocos y las municipalidades comunistas para el socorro de los parados, no tienen estos inconvenientes. Pero en general, para los cristianos, la cuestión no consiste tanto, realmente, en aceptar o rehusar las colaboraciones propuestas por los comunistas como en cumplir por sí mismos en el orden social como les recomiendan sus obispos sus propias obligaciones de justicia y de amistad fraternal, y en trabajar por su parte, de este modo, en la creación de un orden nuevo. Y esto puede bastar para que desaparezcan no pocos prejuicios y aun quizá para que cambien notablemente ciertas situaciones psicológicas.

el ser. Y quizá se aproxima el momento en que los hombres, después de poner toda la esperanza de su corazón en el prestigio de la materia y de haber sufrido una horrible decepción, clamen por la verdad.

En lo que se refiere especialmente a nuestro país, hay que tener en cuenta también la vocación histórica de una nación como Francia. Nadie en ella puede obrar nunca si no es en nombre de la libertad. La verdadera libertad puede entre nosotros despertar los grandes instintos, aún más que las libertades ilusorias que invocan el liberalismo burgués, los partidos de dictadura personal y los de dictadura colectiva; —y entiendo por verdadera libertad al mismo tiempo la libertad suprapolítica a que tiende la persona humana y las libertades sociales y políticas que a ese mismo fin exige hasta en la base de la organización colectiva.

Queda, sin embargo, la posibilidad de advenimiento de un régimen totalitario, dictatorial o comunista, que tendría como resultado la anulación legal de toda formación política independiente. Este riesgo es indiscutible. Pero no significa que las formaciones de que hablamos hubieran de ser por ello suprimidas de la existencia efectiva y que no tuvieran alguna probabilidad de filtrarse a través de las mallas de un régimen tiránico, cualquiera que fuese.

### Totalitarismos fascistas y totalitarismo comunista.

Ahora bien; suponiendo que *no se haga nada* y que no llegue a nacer una política de inspiración cristiana o se muestre débil e impotente, o se tuerza su rumbo, parece difícil evitar que los pueblos que aún no conocen las ventajas de los regímenes totalitarios caigan bajo un régimen de esa clase, fascista o comunista,

de formas más o menos violentas, mezcladas o atenuadas.

En virtud de un automatismo reflejo, no humano, sino mecánico, el comunismo suscita y fomenta reacciones defensivas de tipo fascista o racista y éstos suscitan y fomentan a su vez las reacciones de defensa comunistas, de suerte que estas dos fuerzas multitudinarias crecen simultáneamente una frente a otra; una y otra haciendo del odio una virtud (12); una y otra, al servicio de la guerra, guerra de naciones o guerra de clases; una y otra, reclamando para la comunidad temporal el amor mesiánico con que debe ser amado el reino de Dios (13); una y otra, sometiendo al hombre a un humanismo inhumano, el humanismo ateo de la dictadura del proletariado, el humanismo idolátrico de César o el humanismo zoológico de la sangre y de la raza (14).

Pero el comunismo se presenta como un sistema erróneo que estimula y deforma a la vez un proceso po-

(12) «Esta victoria irá precedida... por un odio de clases universal respecto del capital. He aquí por qué el amor cristiano, que se dirige a todos, incluso al enemigo, es el peor adversario del comunismo». Boukharin, *Pravda*, 30 marzo 1934.— «Hay una virtud que debe servir de estimulante, que debe ser la llama de vuestra juventud, y esta virtud se llama el odio». Prof. Bodrero (a los estudiantes de Padua). «Sí, señores, odiar a sus enemigos y amar intensamente a sus amigos. No odiar, o, lo que es peor aún, amar a sus enemigos es una forma de cobardía que ningún principio que tienda a una conquista duradera y seria puede aceptar». Scorza, jefe de los Fascios Juveniles, *Gioventù Fascista*, abril 1931 (en respuesta a un artículo del *Osservatore Romano* donde se decía que «el odio, virtud fascista, no es una virtud cristiana»).

(13) Cf. Charles Journet, *L'Eglise et les Communautés totalitaires*, «Nova et Vetera», octubre-diciembre, 1935.

(14) Sobre esta noción de la raza, que no corresponde en antropología, actualmente, a ninguna realidad anatómico-fisiológica, a ninguna unidad de «sangre», sino sólo a una «unidad psicológica», a una «mentalidad» típica debida a las condiciones históricas y sociales, véase la reciente obra de P. Lester y J. Millot, *Les Races humaines*, París, Armand Collin, 1936.

sitivo de la existencia el proceso histórico de “generación y corrupción”, en virtud del cual una nueva civilización (cuya fisonomía moral depende en gran parte de la libertad humana) ha de implantarse fuera del marco —roto— de la civilización burguesa. Por el contrario, las diversas clases de fascismo se han constituido desde su comienzo como un reflejo defensivo contra ese proceso existencial y a la vez contra el comunismo, tienden, pues, en virtud de su principio original, a mantener el desarrollo de la historia dentro del marco de la civilización capitalista, sin perjuicio de dar una intensidad revolucionaria a ciertas reacciones defensivas nacidas de las perturbaciones de ella y de recurrir en una amplia medida al socialismo de Estado; y no pueden alimentar su dinamismo moral y pasional sino de la retrospección histórica de ciertas formas ideales del pasado (el Imperio romano de los Césares para el fascismo italiano, el mundo mítico de la germanidad primitiva para el nacional-socialismo alemán, el Sacro Imperio para los fascismos de tipo católico (15)).

Ya hemos hecho observar que se presentan en formas muy variadas y sería un error no reconocer estas diferencias que implican a veces oposición formal no sólo de intereses, sino también de espíritu aun suponiendo uno y otro la supresión de la libertad política y cívica en provecho de un “democracia autoritaria” y

(15) No mencionamos más que de pasada estas últimas clases de fascismo porque se mantienen al margen de la historia: en efecto, las condiciones históricas limitan su posibilidad a casos excepcionales como el de Portugal; por otra parte, y sobre todo, el espíritu y el dinamismo propios del totalitarismo fascista están en ellas atenuados en mayor o menor grado, lo que les confiere un valor moral más elevado, pero les priva en la misma medida de energía expansiva. La dictadura del Sr. Salazar, que es, sin duda, la más inteligente de las dictaduras de tipo fascista que hoy existen, cuida mucho de no caer en el espíritu totalitarista de un Mussolini o de un Hitler, pero es también aquella en que el carácter de construcción de razón se muestra más acusador; el ejército y los jefes militares han sido hasta ahora el único apoyo efectivo de esta dictadura.

de la dictadura de un señor, el fascismo italiano va enlazado a una forma de civilización de mayor elevación política que el nacional-socialismo, cuya fuerza telúrica despierta, en cambio, instintos mucho más ricos de vida elemental y de sensibilidad; hasta su totalitarismo ha tenido que someterse a ciertas mitigaciones (16). Sin embargo, y a pesar de su diversidad específica, las diferentes clases de fascismo tienen ciertos caracteres genéricos fundamentales que les son comunes, especialmente los que acabamos de indicar.

Mientras el totalitarismo fascista o racista despierta y emplea así fuerzas irracionales poderosas, que le aseguran una gran energía histórica (y que absorben no pocos valores humanos auténticos, como el instinto de comunidad nacional y el amor a la patria), las verdades sociales y políticas que invoca —y son muchas; piénsese en la crítica del individualismo liberal y de la democracia ficticia del siglo XIX, o en la importancia que concede a la tensión creadora, o en el sentido directo y "popular" de la autoridad, o en la noción que pudiera llamarse vitalista de la comunidad del pueblo—, esas verdades, digo, se realizan en él ciertamente en resultados, que pueden ser grandiosos, pero que sólo afectan a fines particulares: reforma del Estado, recuperaciones de independencia y de soberanía, ambiciones imperiales, resurgimiento de las energías nacionales o liberación psíquica de las aspiraciones de un pueblo; en lo que toca a los fenómenos históricos más universales y profundos concernientes a las transformaciones de la civilización humana, no se realizan en él, a pesar del esfuerzo corporatista, sino envueltas en el proceso material de descomposición y de mutación del capitalismo y sin poder dominar este proceso, faltas de un principio creador interno ordenado a una forma sustancial superior; si aparecen como sustentadoras de

(16) Véase, a continuación: Bases espirituales del principio totalitario.

civilizaciones verdaderamente humanas, es mucho menos en las formas de civilización que hoy las invocan y que por otro lado están deshumanizadas, que en las retrospectivas de que hablábamos hace poco. Para que a la civilización capitalista en decadencia suceda un mundo nuevo superior al comunismo se requiere nada menos que el principio personalista y humanista integral en su más amplia significación, nada menos que las energías de resurrección espiritual y social de que el hombre es capaz, no por la gracia de Dios, sino por un amor que vivifica su libertad de persona y que sitúa el centro de su vida infinitamente por encima del Estado.

De todas estas consideraciones se desprende que los regímenes totalitarios fascistas o racistas no pueden apoderarse de lo que hay de más esencial en el movimiento de la historia para imprimirle —cosa imposible, si se niega el principio de la persona y de la libertad (17) — una dirección verdaderamente humana y liberadora. Y siendo esto así, cabe pensar que han de verse obligados, por una parte a orientar su propia evolución interna en un sentido cada vez más próximo de la morfología comunista (que es lo que parecen indicar ciertas tendencias de la extrema izquierda del fascismo italiano); por otra, y a fin de dar a su tensión de defensa el máximo de violencia y de eficacia, a desarrollar un imperialismo étnico o nacional y una política de prestigio que conmoverán hasta en sus cimientos lo que queda de una civilización común europea, y a desorganizar cada vez más profundamente (como se observa

(17) Nos referimos a la libertad pura y simple, es decir, a la libertad, suprasocial en sí misma, de la persona humana. Ya sabemos que el fascismo, e igualmente el comunismo, y hasta el nacional-socialismo, alardean de libertad; y hay, en efecto, en esos regímenes cierta libertad, más real quizá que la del liberalismo burgués, pero es una libertad *secundum quid*; la libertad, inmanente a la vida social, de las iniciativas surgidas en el seno de los grupos que componen la comunidad temporal o el Estado. No es de esta libertad *secundum quid* de donde proceden las energías de resurrección de que aquí hablamos.

en Alemania con trágica claridad) las estructuras internas de civilización más delicadas, y a la vez más fuertes, que constituyen precisamente el obstáculo más sólido para la implantación del comunismo, porque afectan al mundo del alma y de la libertad y están ligadas a los valores morales heredados del cristianismo (18).

En virtud de este doble proceso los regímenes fascistas o racistas parecen destinados (en el seno de la civilización capitalista y no por disolución o abandono, como las democracias liberales-individualistas, sino por exceso de tensión y rigidez) a conducir las naciones de antigua cultura occidental al grado de madurez propicio para cualquier experiencia comunista o simi-comunista, nacida del propio totalitarismo fascista o racista, o producida en contra suya (19), —a menos que no las lleven simplemente a la destrucción mutua que dejaría a Europa a merced de las empresas conquistadoras de otros continentes. Pretenden, lo mismo, por lo demás, que el comunismo soviético, traer al mundo formas nuevas de civilización; sería temerario negar que ello sea posible; no hemos de prejuzgar tam-

(18) «Italians and Germans politicians and publicists point to democracy as the first step to Bolshevism, and it must be admitted that a democracy like the European, which has been misunderstood and misused, may well deserve this accusation, but the present-day European nationalism is no «bulwar against Bolshevism»; on the contrary, it is the last step on the way to Bolshevism... The idea of applying Soviet principles to Europe is absurd, but the increasing distress of the European people cause by the application of false national principles will increase the danger of a Communistic revolution to such an extent that the absurdity will become a fact. Events will prove this within a few years in some countries, within decades in others». Ludwig Freund, *The Threat to European Civilisation*, Sheed and Ward, 1935.

(19) Parece, a la inversa, que el totalitarismo comunista, en la medida en que reviste la forma de Estado nacional, tiende a adoptar algunos rasgos del fascismo, mientras, por otra parte, se esfuerza en destacar hasta el máximo todo lo que le contrapone culturalmente al nacional-socialismo.

poco las evoluciones imprevisibles que pueden producirse bajo la presión de las necesidades de la existencia y de las energías naturales del ser humano. La cuestión para nosotros está en saber si esas nuevas civilizaciones, en que el bien se mezcla al mal, como en toda cosa terrena, merecen alguna vez el nombre de civilizaciones *humanas*, es decir, de civilizaciones que alcanzan al corazón mismo del hombre, no sólo para servirse de él y consumir sus reservas de heroísmo y de exaltación, sino para suscitar en él formaciones estables de virtud y para crear en la conciencia y en la sociedad estructuras vitales y progresivas y no sólo decorativas; y para aspirar a otra cosa que al orgullo y la guerra. Para el filósofo de la historia, y a condición de dar la debida importancia a la duración, el totalitarismo fascista o racista en sus diversos tipos se muestra como una fatalidad histórica que en realidad atrae el comunismo o infortunios históricos de dimensiones equivalentes, porque, aunque reacciona contra aquél con éxitos inmediatos que hieren la imaginación, es incapaz de elevarse por encima de él y de descubrir la *forma* verdaderamente humana que reclama el movimiento de la historia; descubrimiento que no se realizará sino por un esfuerzo del espíritu y de la libertad que supere el determinismo de las fuerzas materiales de la evolución.

### Bases espirituales del principio totalitario

Consideraciones análogas pueden aplicarse al orden espiritual. Debe observarse ante todo que el ateísmo declarado no es la única forma de resistencia a las ordenaciones divinas; de «impiedad», en el antiguo sentido de esta palabra; ni la única forma de negación práctica de Dios. Hay un ateísmo que declara que *Dios no existe* y que hace su dios de un ídolo; y hay un ateísmo que, aunque declara que Dios existe, *hace de*

*Dios mismo un ídolo*, porque niega por sus actos, ya que no por sus palabras, la naturaleza y los atributos de Dios y su gloria; invoca a Dios, pero sólo como un genio protector ligado a la gloria de un pueblo o de un Estado *contra* todos los demás o como un demonio de la raza.

No hemos de caer aquí en un error cuya gravedad ya hemos señalado antes, confundiendo un principio abstracto con las realidades históricas en que se encarna. Sabemos que en la realidad pueden ir mezcladas con el principio "totalitario", no sólo toda clase de acomodamientos políticos, sino también una buena fe y una buena voluntad humana efectiva, una sincera creencia en el verdadero Dios y un celo mal entendido por la religión. Sabemos que ese principio se realiza bajo modalidades diversas, que atenúan o agravan más o menos su malicia. Pero tiene, no obstante, sus exigencias propias que es deber del filósofo considerar. Y si bien el poder civil, desde Constantino, ha procurado siempre utilizar y desviar para sus fines propios la misma religión cristiana, entre esos desórdenes y esas desviaciones, por graves que fueran, y el absoluto devorador que se afirma hoy en día y que reivindica al hombre entero para la comunidad temporal o para el Estado, media (no vale engañarse) un abismo.

Es cosa muy notable que precisamente allí donde primeramente ha surgido la expresión de Estado totalitario, en Italia, el principio totalitario ha sido luego quebrantado por la resistencia de la Iglesia católica, con la que las circunstancias históricas le obligaban a transigir. Su reivindicación del hombre entero para el Estado se ha encontrado así forzosamente reducida a las actividades humanas del orden temporal, —como si el hombre pudiera desdoblarse en forma que tuviera al Estado como alma de su alma en el orden de la vida temporal y otra alma de su alma en el orden de la vida

espiritual (20). Reducido así de un modo forzado (si cabe emplear un término contradictorio con la cosa misma que designa) a un semi-totalitarismo o como totalitarismo puro y simple (21), el totalitarismo político aspira, en todo caso, a hacer del Estado la realidad absolutamente soberana y el regulador absolutamente soberano de la vida temporal de los hombres y consiguientemente de los actos de conciencia que ella implica; —"todo en el Estado, nada contra el Estado, nada fuera del Estado" (22)—; y pretende informar

(20) De nuevo aparece aquí, bajo una forma moderna, la acción averroísta de que hemos tratado en el capítulo primero de este libro. Párrafo II.

(21) Este es el caso del nacional-socialismo alemán; pero aquí ha de atenderse menos al totalitarismo del Estado que al de la comunidad del pueblo (unidad más biológica que política).

(22) B. Mussolini. «Somos (miembros) de un Estado que rige todas las fuerzas que actúan en el seno de la nación. Regimos las fuerzas políticas, regimos las fuerzas morales, regimos las fuerzas económicas, estamos en pleno Estado corporativo fascista». (*Scritti e Discorsi*, 1926). «Afirmo de nuevo y con no menor energía mi fórmula del Discurso de la Scala de Milán: todo en el Estado, nada contra el Estado, nada fuera del Estado», (*ibid.*, 1927). Véase también el texto antes citado, en nota al cap. IV, párr. II; y además: «El Estado fascista, la forma más alta y más poderosa de la personalidad, es una fuerza, pero espiritual. Asume todas las formas de la vida moral e intelectual del hombre. No puede, por tanto, limitarse a la simple función de guardián del orden, como quería el liberalismo, no es un simple mecanismo que limita la esfera de las llamadas libertades individuales. Es forma y norma interior, y disciplina de toda la persona: penetra en la voluntad como en la inteligencia. Su principio, inspiración directora de la personalidad humana reunida en sociedad, desciende hasta las profundidades del ser y hace su nido lo mismo en el corazón del hombre de acción que en el del pensador, en el del artista como en el del sabio: alma en el alma» (*Dottrina*). «El liberalismo pone el Estado al servicio del individuo; el fascismo reafirma el Estado como la verdadera realidad del individuo». (*Dottrina*). «El Estado, considerado como voluntad ética universal, es el creador del derecho». (*Dottrina*). Contenido en la práctica por el contraataque del Pontificado, el dinamismo de estas ideas-fuerzas permanece, sin embargo, en la doctrina fascista. —Sería fácil encontrar en los textos nacional-socialistas la afirmación de idéologías reivindicaciones totalitarias, aún más vehemente a veces.

por sí solo, "alma en el alma", las energías del alma para la dirección de la vida terrena, única que le importa; en virtud de exigencias lógicas ineluctables, pretenderá, pues, que lo espiritual —por lo menos allí donde se encuentra con lo temporal y participa en la dirección de la 'vida' civil", en el orden de la civilización— se integre, en la conciencia, con el Estado (23) o con el espíritu del pueblo; y los sirva. Considerado el principio totalitario en sí mismo, en cuanto energía histórica que tiene una ley propia, resulta, pues, que envuelve una hostilidad esencial a las ordenaciones cristianas (24), hostilidad que no pierde eficacia sino en la medida en que el totalitarismo es eficazmente contrariado por la oposición de la religión. Donde no trata de exterminar a ésta, como ocurre en su forma comunista, trata de incorporársela prácticamente apoderándose de las conciencias; les quita la posibilidad de expresar un juicio cristiano libre sobre las cosas del orden temporal o de emprender en este orden una acción cristiana libre, les priva de los medios de defender los valores morales en la vida pública; procura incluso, en cuanto está en su mano, alterar su visión interior del bien y del mal, de lo justo y lo injusto, medidos con la medida del Estado, no con la de Dios.

El totalitarismo y, por tanto, el anticristianismo que aquí señalamos, sufrieron de hecho en Italia —ya antes lo recordamos— un grave descalabro a consecuencia de la intervención pontificia de 1931, ante cuya energía tuvieron que ceder; como en sí mismos siguen siendo, naturalmente, lo que eran, resulta que la forma de Estado actualmente existente en Italia, concretamente considerada, se muestra al filósofo de la

(23) Gentile ha expuesto claramente todo esto en el lenguaje propio de su sistema filosófico; el hecho de que ahora esté en desgracia como inspirador oficial no impide que los principios aquí indicados, que son independientes del *actualismo* gentiliano, sigan siendo esenciales en la concepción fascista del Estado.

(24) Cf. Charles Journet, art. citado.

historia como un totalitarismo contenido por el catolicismo; estamos en él en presencia de una de esas interpretaciones de dos formas adversas, con sus ventajas y sus peligros, cuya observación es tan instructiva para el historiador y para el filósofo y que la Iglesia católica acepta porque sabe que tiene a Dios y al tiempo consigo. Mientras que actualmente en Alemania el lugar reservado en la vida pública a las obras e instituciones de la Iglesia y al apostolado de la fe se restringe cada vez más y es invadido en todas partes por la persecución, en Italia, por el contrario, sigue siendo muy grande, aunque la ética del Estado, con sus virtudes paganas, ejerza su presión contra ella y no haga otras concesiones a la religión que aquellas a que está estrictamente obligada (25).

Dedúcese de este análisis que allí donde las fuerzas religiosas, y ante todo la Iglesia católica, no logren contener las formas del totalitarismo que pretenden *proteger* a Dios, la "impiedad de ese totalitarismo se desarrollará como una fuerza disolvente que prepare, aun a su pesar, una reacción ofensiva del anticristianismo y el ateísmo manifiestos".

### Del martirio como solución

Si, a falta de iniciativas temporales cristianas, las cosas hubieran de suceder conforme a las posibilidades indicadas en las reflexiones que anteceden, la cuestión que planteábamos hace poco: *what should A do?* podría encontrarse notablemente simplificada. Sea en un régimen totalitario fascista o totalitario comunista, por más que A se avenga a entrar en el juego y a colaborar con unas formas de civilización más bien malas que buenas, para fomentar en ellas el bien, si pretende ser

(25) Los Balillas han tenido que ceder el domingo a la religión y a la familia.



cristiano en su propia existencia y sobre todo en la existencia temporal, pronto aprenderá a sufrir más que a obrar.

Es evidente que, mientras las iniciativas temporales cristianas y las nuevas formaciones que el mundo necesita no surjan, cada cual puede y debe trabajar individualmente para *prepararlas* y aun en cierta medida para *suplirlas* por su acción privada (26). He aquí, claro está, la misión que en todo caso hay que cumplir.

Pero mientras en el orden propiamente político, y no privado, falte al mundo una acción temporal cristiana, faltará algo al organismo de las actividades cristianas consideradas en conjunto. El mundo se encargará de buen grado de conceder la *dispensa* así hecha precisa. Para hombres que viven en el mundo y que se encuentran apartados, por omisiones de que no son responsables, del combate "político", que es la forma de actividad más propia del mundo, el martirio (invisible o visible, administrado por el mundo) dispensa de ese combate: sobre lo que está muerto para el tiempo, el tiempo pierde sus derechos.

(26) «Creemos que respecto del bien común temporal se descuida demasiado, ordinariamente, la eficacia de las energías que proceden de la vida de la persona y de los deberes que le corresponden. Hace falta mucha vigilancia y mucha atención crítica para resistir a todas las solicitudes del odio o la injusticia, para conservar el espíritu libre de una época en que las mentiras convencionales hacen presión por todas partes, en que la prensa que defiende el orden establecido rivaliza en excitaciones con la prensa revolucionaria, en que se ha hecho de la mentira el arma política por excelencia, como si en este terreno la calumnia no fuera más que un pecado venial; hace falta mucha vigilancia para ofrecer en la propia alma un refugio a las verdades menospreciadas por los hombres, y para practicar, al juzgar los sucesos y los actores del drama temporal, la *verdad* que el Evangelio exige de nosotros.

«Y esta vigilancia interior se traduce al exterior por palabras y por actos. Y de este modo cada alma vigilante produce a su alrededor un influjo eficaz de verdad y de paz. Tenemos por cierto que si tales focos de influencia abundaran en el mundo, muchas cosas cambiarían en la misma vida política de los pueblos, muchos males vendrían a ser imposibles, muchas dificultades, en apariencia insolubles, hallarían remedios imprevisibles». (*Manifeste pour le Bien Commun*, París, marzo, 1934)).

¿Quién sabe si, por un hábito prolongado de ser víctimas, los cristianos no cuentan inconscientemente con esta solución? El martirio es una solución, pero una solución hiperbólica (y para todos aquellos que con sus omisiones y su embotamiento preparan el martirio *de los demás*, una solución perezosa). Un Santo Tomás Moro hubiera considerado, asimismo, presuntuoso afrontar la gloria de ser decapitado por Dios antes de haber agotado los demás medios de terminar honrosamente su progreso. El martirio no suprime, sino que atrae y fecunda, las soluciones adecuadas a la naturaleza. Algún día habrán de ser halladas.

Contemplando la hipótesis de que "no se hiciera nada", hemos puesto de intento las cosas en lo peor. En realidad, confiamos en que algo se hace y se hará; y por iniciativas cristianas. Las fuerzas temporales cristianas que el mundo requiere están en la fase de preparación, de preparación remota; es imposible que algún día no broten en el mundo.

¿Se halla el cristiano preso en una tragedia?

Si el mundo purifica a los cristianos derramando su sangre, la sangre de los cristianos purificará también, al mismo tiempo, al mundo (27). De esta doble purificación es de donde nacerá quizá la nueva cristiandad que ha de venir.

(27) «Aun en el caso de que el esfuerzo profano cristiano no lograra renovar la estructura visible del mundo, todavía quedaría al cristianismo otra misión temporal, hemos escrito en otro ensayo: la de infundir desde dentro, y como en secreto cierta savia al mundo. Naturalmente, hay que suponer también que esta savia cristiana será algo sangrienta». (*Rég. temp.*, p. 134) ¿Hará falta señalar el uso calumnioso que de este texto han hecho algunos, que han supuesto que se trataba de la sangre de los *adversarios* del cristianismo?

Entretanto, mientras crecen en el mundo las diversas y opuestas clases de totalitarismo, ¿cómo no ha de despertarse en el cristiano el sentimiento de una peripecia trágica?

El cristiano ve en el comunismo —para no referirnos a las demás especies de totalitarismo que son, como hemos indicado, formas de reacción, ante todo, y que además envuelven también un error fundamental— errores que hieren cruelmente su inteligencia y su corazón, llevados a un punto de violencia extrema: la voluntad de construir un mundo sin Dios, y de extraer de la vida una ética individual, familiar y social igualmente sin Dios, la negación radical de los valores contemplativos y la afirmación de la fecundidad del odio, la evicción de la sabiduría sacrificada a la idolatría de la ciencia, la pretensión de socializar al hombre por entero, un olvido ficticio del alma y de su destino, la negativa a reconocer en la vida reserva alguna sagrada y a concebir que pueda coexistir con la comunidad temporal la autoridad educativa sobre el ser humano de un cuerpo social supratemporal como la Iglesia. Ve la religión aborrecida; la propaganda antirreligiosa, obstinadamente proseguida o modificada tan sólo en sus métodos, a pesar de los ofrecimientos de colaboración hechos a los creyentes. Ve a una multitud de hombres, formados a la imagen de Dios, prestarse como plomo derretido a recibir la marca de la ortodoxia "materialista" y del conformismo ateo y obedecer a otros hombres con una sumisión jubilosa que no es lícita sino respecto de Dios.

Pero sabe también que hay errores extremos que revelan en quien los profesa más generosidad que la tibieza y que muchos no profesan esos errores más que por una ignorancia inveterada y un engaño terrible sobre la identidad de lo que es objeto de su odio: encuentra en muchos jóvenes comunistas una hambre y una sed de justicia que ignora su propio nombre; y ama a estas almas ardientes. En el horror de las destrucciones

que amenazan al mundo reconoce la huella de las omisiones de generaciones de cristianos, de sus propias omisiones; sabe que el comunismo se apoya en un movimiento histórico de emancipación de la fuerza-trabajo humana que es a la vez inevitable y normal en sí mismo, en exigencias de justicia que son como "el alma indignada de la naturaleza" y en verdades de origen cristiano que se han corrompido a fuerza de esperar; y que, hasta cuando la obliga a gritar contra Dios, es la voz de los pobres y de los desheredados la que hace llegar a nuestros oídos; sabe que los pobres no han obtenido justicia — no digo de los santos, sino de la masa de los hombres considerados socialmente, lo mismo cristianos que no cristianos — más que cuando la han exigido por la fuerza. Nada de esto aminora ni un punto la gravedad de los errores y los peligros del comunismo. Todo esto demuestra que lleva en sí la marca sobrenatural de las grandes apariciones de la espada de Dios en la historia, y que para poder superarlo hay que empezar por vencerse a sí mismo.

El cristiano no está encerrado aquí en una tragedia sin salida. En el orden espiritual, los santos le han enseñado que la solución es un amor más fuerte que el infierno. En el orden temporal creemos que hay también una solución; no puede hallarse sino yendo adelante, aceptando los riesgos de la libertad creadora, consintiendo en esta especie de inversión de los valores que hará que en todos los órdenes prevalezca la realidad sobre la palabra, lo íntimo y substancial sobre lo exterior y aparente, instaurando una política intrínseca y existencialmente cristiana, en el más amplio sentido de esta palabra, trabajando desde ahora, por lejano que sea el porvenir en que haya de realizarse, en la preparación de una nueva cristiandad, cuyo carácter distintivo se expresa a nuestro juicio por la noción de humanismo integral.

### La marcha del mundo

¿O es que los cristianos de ahora creen que el cristianismo no puede ser vivido más que en el papel, que sus energías se han agotado de tal suerte que no sirven ya de nada en la tierra, que no nos queda otra cosa que hacer sino tratar de agradar a aquellos diablos que nos parezcan un poco menos malos que los demás para obtener de ellos el favor de una protección y que no cabe esperar nada de una resurrección de las fuerzas del alma? ¿Están decididos a no comprender en qué edad han entrado, a rehusar su piedad a los sufrimientos sobrehumanos que desgarran al ser humano abandonado a sí mismo? En ese caso, ¡salud, peste y hambre! Sois más puras que nosotros.

En realidad, no hay por qué asombrarse de que frente a un estado de la historia en que los conflictos internos de lo social, para ser dominados, tendrían que ser comprendidos y penetrados *en espíritu*, cierto mundo de nombre cristiano reaccione hoy antes mal que bien; no hay por qué asombrarse de que en su comportamiento tenga una parte muy pequeña lo espiritual, quiero decir la intuición y la libertad, y una parte muy grande lo social, quiero decir la reflejos y mimetismos de grupo o de clase coloreados de espiritualidad por la conciencia tranquila. Son las leyes estadísticas de la naturaleza humana las que juegan en ello. Pero no hay que asombrarse tampoco de que las civilizaciones cristianas perezcan como las demás; y por el mismo abandono a las fatalidades de la materia (28). Ya vendrán nuevos nacimientos. Es también una ley estadística que los descubrimientos difíciles, de que más necesita la historia para su crecimiento, rara vez se producen sin el auxilio de las energías de error y de calamidad.

(28) En su *Outline of History*, M. Arnold Toynbee cuenta, aparte de las sociedades primitivas, hasta veintisiete civilizaciones distintas en los tiempos históricos, de las cuales cinco han sobrevivido hasta hoy.

Las purificaciones que hubieran podido salvarlo todo se producen entonces cuando todo ha sido destruído y comienza a retoñar. Así marcha el mundo. Los mismos que han ayudado a los santos a santificarse quemándolos a fuego lento, sacan provecho de sus méritos y nutren de la gloria de los crucificados —después que han sido canonizados— los lugares comunes de su elocuencia y la prosperidad de sus empresas; y no dejarán de preparar nuevos santos para nuevos dolores y nuevas canonizaciones. Los mundos que han nacido en el heroísmo se extinguen en la fatiga para que vengan a su vez nuevos heroísmos y nuevos sufrimientos que hagan alzarse a otros mundos. Así crece la historia humana —puesto que no se trata de un proceso de repetición, sino de expansión y progreso—; crece como una esfera en expansión, que va aproximándose al mismo tiempo a su doble consumación, —en lo absoluto de aquí abajo, donde el hombre es dios sin Dios y en lo absoluto de arriba, donde es dios en Dios.